

Sección 3

Problemas sociales

Esperamos siempre que aquellos colegios, donde se educan nuestros hijos, les enseñan ideas y modos de comportamiento con los que estamos de acuerdo.

Pero la sociedad exige un cambio permanente y los centros educativos han de preparar esos agentes de cambio.

¿Es bueno enseñarles a sospechar que las cosas no son tan buenas como decimos los mayores?

¿Existen en educación las maletas de doble fondo?

Maletas, máscaras y sospechas

Todavía, entre nosotros, una buena familia no sólo ha de poseer dinero. También son su patrimonio las buenas costumbres, la honradez, las buenas formas. Hablar de una persona valiosa —aparte del indispensable dinero— es hablar de su espíritu de trabajo, de su lealtad, de su saber gastar y ahorrar. En nuestra infancia, cuando se hablaba de una persona digna de todo respeto se nos decía que era una persona "llena de virtudes". Y todavía, aunque cada vez menos, se habla de países de buenas costumbres y de países, extranjeros siempre, cuyos modos de vida son libertinos, escandalosos y, por tanto, peligrosos.

Por supuesto, los niños van al colegio para llegar a ser "hombres de provecho". Hombres que, aparte de tener la mayor cantidad posible de dinero, ocupen una posición honrosa en la sociedad y tengan una vida ordenada y conforme a razón. Todavía nos referimos a las personas de buenas costumbres como personas "educadas" y decimos de aquellas que tienen un comportamiento extraño que son "hombres malos".



portarse en sociedad y esperamos siempre que aquellos colegios donde se educan nuestros hijos les enseñen ideas y modos de comportamiento con los que estamos de acuerdo.

Pero, ¿qué queremos decir cuando hablamos de que nuestros hijos han de ser “hombres de provecho”, “hombres honrados”, que ocupen un puesto “digno” en la sociedad, que sean “trabajadores”, que administren con “sentido” lo que posean? ¿Qué se esconde detrás de tantas y tantas palabras que deseáramos cumplieren su significado en nuestros hijos?

Esta pregunta no es una pregunta cualquiera. Es preguntarse por el tipo de persona que nos gustaría que fueran nuestros hijos. Lo cual no es una tontería. De alguna manera esa imagen está actuando como modelo sobre las cosas que hacemos con nuestros niños.

Pero hacerse una pregunta de este tipo es un poco peligroso. Hay por ahí una narración de Valle Inclán en la que un valiente coracero del Rey está oyendo misa en la capilla de la casa solariega de sus padres. El Capellán, hombre recio y de mucha fe, le manda introducir su mano como prueba de valentía en un viejo sepulcro de sus antepasados. El coracero del Rey introduce la mano, y donde esperaba encontrar el frío vacío del polvo, encuentra, aterrado, un nido de serpientes repugnantes. Arañar, escarbar, preguntar es siempre una operación aventurada. Se corre el peligro de que el vacío se torne nido de víboras y de que la flor se vuelva de pronto avispa encolerizada.

Sospecha y acertarás

La gente, sin embargo, se aventura a preguntar. Y en los últimos años preguntar es de alguna manera sospechar. Porque alguna gente anda sospechando que detrás de las grandes palabras que solemos pronunciar se esconden a veces intenciones inconfesables, avispas encabritadas, intereses que hay que cubrir, porque si aparecieran tal como son nos cubrirían la cara de vergüenza.

¿Los grandes valores morales en los que todos decimos creer —justicia, honradez, espíritu de trabajo, etc., etc.— expresan de veras puros sentimientos e ideales morales? ¿Expresan de verdad nuestros deseos de una humanidad pura y verdadera?

Hay en la sociedad muchos y diversos empleos. Albañiles, carpinteros, profesores, ingenieros, fontaneros. También quienes se dedican a aconsejar sobre los hondos problemas del alma. También, y por vía de televisión, hay quienes son persuasores. Desde hace cien años, también, quienes se dedican a sospechar. Podríamos llamarles “sospechadores”, para adaptarnos a los térmi-



nos televisivos. ¿Qué hacen estas personas? Partir de la base de que buena parte de las cosas que se nos dicen son mentiras. En el sentido estricto de engaño. Veamos algunas de sus opiniones.

La moneda de las grandes ideas y las grandes palabras esconde a veces el reverso de un sentimiento ambiguo. Ser humildes, se ha dicho, es una virtud del hombre completo. Hay hombres sin embargo, que son “humbildes” porque su temor les impide adoptar una postura más segura frente a los otros hombres. Se ha mantenido durante mucho tiempo que una actitud comedida ante el sexo es virtuosa. Pero hay personas cuya castidad revela su imposibilidad real de ser otra cosa. Y hay niños que no molestan, que se mantienen quietos, y que, por tanto, son calificados por sus maestros de “buenos” que esconden tras su bondad el deseo de afirmar alguna cualidad, aunque sea ésa, ante el grupo.

Tras las “virtudes” —humildad, castidad, bondad— pueden esconderse sentimientos ambiguos, imposibilidades compensadas.

Resignación y fidelidad

Pero tras las grandes palabras pueden también esconderse intereses económicos, llamados de algún tiempo acá intereses de clase. No por tener “clase”, como el buen whisky y el buen tabaco, sino por expresar intereses de un grupo de personas que forman un estrato de la sociedad y, fundamen-

talmente, comparten unos mismos niveles económicos y un modo de vida.

Hasta no hace mucho se hablaba desde los púlpitos de las iglesias y desde las letras de los libros de la necesidad de la resignación. Es bueno que yo me resigne con mi suerte si después tengo la vida eterna. Es bueno —piensa el que no necesita resignarse— que tú te resignes si tal cosa te impide pensar. Resignación —espléndida virtud— como tapadera de que tú te conformes de tener menos que yo. Expresión del dominio de una clase sobre otra. Quien arañe tras esa palabra no encontrará una avispa sino un ejército de dragones dispuesto a devorarlo. Y quien dice “resignación” dice también “lealtad”. ¿Por qué se insiste tanto en la virtud de la lealtad y de la fidelidad? ¿Fidelidad a qué o a quién? Parémonos un instante junto al camino. Al amanecer, como en las películas de Disney la flor se abrirá y enseñará lo que lleva dentro. “Fidelidad” significa muchas veces necesidad de seguir afirmando unos principios, unas ideas que ayudan a sostener una situación en la que unos están privilegiados por encima de los otros. Fidelidad al modo de actuar de una importante casa bancaria, fidelidad a estos principios políticos, fidelidad y sumisión de estos trabajadores a esta empresa. Cuando no se es fiel, se transforma uno rápidamente en desleal, desagradecido o, sencillamente, revolucionario. ¿Es entonces la fidelidad una virtud? Es, en muchos casos, un disfraz necesario para embellecer la triste apariencia del dominio.

Las palomas se convierten en manos

La realidad, lo que pasa realmente en el mundo de las personas y de las cosas, es constantemente ocultado. Como el prestigiatador que a fuerza de movimientos rápidos y de saltos hace desaparecer la paloma y la suplanta por un pañuelo o una mano vacía. A fuerza de repetirse, venimos a creer que la paloma es pañuelo, que el pañuelo es mano y que cualquier cosa es cualquier otra cosa.

Es natural. Sí, es natural que los hombres se maten entre sí —“agresividad natural”—, que en la sociedad los hombres se traicionen y engañen —“la lucha natural por la vida”—, que unos tengan no más sino muchísimo más que otros —“diferencias naturales entre los hombres”. ¿Qué es eso de “natural”? Volvamos a sospechar. Hagamos nuestro aquel refrán de “piensa mal y acertarás”. Resulta que, arañando y husmeando, venimos a darnos cuenta que resulta natural todo aquello que es de tal calibre que, destruirlo o hacerlo desaparecer, supondría hacer desaparecer el orden social existente. Porque la “natural” lucha por la vida —aquello de que el hombre es un lobo para el hombre— podría desaparecer si todo el mundo tuviera la oportunidad de enterarse de que las cosas podrían ser de otro modo y, a lo mejor, la tan cacareada agresividad natural no es tal, sino el resultado de una cierta organización de la sociedad.

Concluyamos. Las cosas no son lo que parecen ser ni las palabras dicen lo que parecen decir. El mundo de los valores morales, de las grandes palabras es muchas veces una espléndida representación teatral. Las mismas cosas, los mismos intereses se cambian, se metaforean como los dioses de la antigüedad, pero, tras los disfraces, encontramos siempre los mismos rostros y las mismas intenciones.

Para ser hombres de provecho

Pero vengamos del alto mundo de las ideas al pequeño recinto de nuestros colegios. Y acumulemos las grandes palabras con que nos referimos a nuestros deseos educativos. Normalmente solemos decir que deseamos que nuestros hijos sean “hombres de provecho”, que ocupen un puesto “digno” dentro de la sociedad, que sean trabajadores, que aprovechen el tiempo, que sean “respetuosos y obedientes”. Utilicemos el mismo método. Sospechemos. ¿Qué hay tras esas hermosas palabras? Veamos primero qué es lo que no hay. No hay el deseo de que el niño, el hombre futuro, critique abiertamente lo que ve, que proteste de lo que es injusto, que haga con su vida privada lo que le venga en gana, que ayude con su trabajo a hacer más humana la vida de los otros. No. Hay más bien el deseo de dotar al niño de una serie de cualidades que lo hagan valioso ypreciado en el mercado social. Sí. Igual que un presentador de televisión se maquilla, atilda su voz, peina sus cabellos, y arregla el nudo de su corbata. Hace falta ser aceptado por el público. Y la información que se recibe en la escuela y el “carácter” que da pasar por la Universidad aumenta el valor de cambio del alumno. Un hombre con mucha información, que domina el lenguaje técnico y brillante, que habla idiomas, etc., tiene más “salidas”. Es más cotizado en el mercado de la personalidad. Y lo que decimos no es exageración. No hace falta más que pensar en la importancia que la familia da a las matemáticas, en la aversión de tanta gente a que sus hijos sigan estudios de letras, en el desprecio general por modos de pensamiento no prácticos (filosofía, etc.). Allí donde aparecían nuestros deseos de conseguir unos hombres felices y educados subyace la triste pretensión de convertirlos en ricos objetos de consumo.

El camino de la sospecha, la desconfianza, el arañazo y la observación cautelosa vienen a ser como tabla de salvación en esta barahunda de palabras, imágenes y mentiras.

Si hacerse hombre es llegar a tener una moral y una cultura propias, el primer paso que la escuela y la familia habrían de dar sería ayudar a conseguirlas. Y el primer ademán del primer paso es la sospecha. Se trata de poner interrogante bajo las grandes palabras, las grandes ideas, las grandes mentiras, para descubrir el vacío o las intenciones torcidas que tantas veces encierran.

Maletas de doble fondo

La escuela y el hogar tendrían que ser para el niño continuas incitaciones a la desconfianza. Y toda la educación, un proceso que llevara al descubrimiento de esta sencilla verdad: Casi todo lo que hay en el mundo, casi todo lo que se nos dice es como las maletas de doble fondo: hay que escarbar para ver lo que hay debajo. Claro que se trataría de una etapa del camino y no de la meta. Porque sería una triste gracia encontrarnos que al final hemos conseguido hacer de nuestros niños especialistas en rastreo, olfateadores a larga distancia, eternos desconfiados. No. Es solamente una etapa. La desconfianza y la sospecha no son sino un camino para esclarecer la verdad de las cosas y poner éstas en su punto. Es, sencillamente, un camino para actuar. Para hacer con las cosas y con las personas igual que con las palabras. En las palabras buscábamos el doble fondo. En las personas retiraremos las máscaras, para que, rescatadas las palabras e iluminados los rostros podamos mantener conversaciones sencillas y llamar a las cosas por su nombre.

De todos modos, no sería malo que todos conserváramos en la etapa final una buena dosis de capacidad de sospecha. No sea que también las palabras que empleamos para referirnos a la meta escondan debajo, como las cajas-sorpresa de carnaval, un muñeco con cara de sorna dispuesto a sorprendernos.

ANTONIO LEON MOLINA

ACTIVIDADES DE LA ESCUELA DE PADRES PM

Proponer una discusión por diálogos simultáneos con interrogantes parecidas a éstas:

- ¿Un objetivo de la educación debe ser adaptar al niño a la sociedad en que va a vivir?
- ¿Qué busca la sociedad de los sistemas educativos?
- Ventajas y desventajas de educar en una actitud crítica frente a los valores de la generación anterior.
- Cómo lograr ver claro y armonizar:
 - lo que buscan los padres,
 - lo que busca la Administración,
 - lo que busca la Sociedad,
 - lo que quiere lograr la generación adolescente.
- Puesta en común de lo conseguido en los grupos pequeños.

Hacer algunas decisiones compartidas por el grupo.